

Conexión CH, Rocca di Papa, 23 de marzo de 1989

"¡VEN, SEÑOR JESÚS!"¹

Queridos todos:

Hoy es Jueves Santo, un día muy especial para nosotros, que nos recuerda distintas realidades divinas que están en el corazón de nuestra espiritualidad de tal modo que, cada año en su aniversario, nos damos cuenta de todo el atractivo de este día y no resulta inusual que nuestra alma se llene de algo de Paraíso.

¿Cómo no sentir que nuestro corazón se dilata si el Jueves Santo pone de relieve, de una manera extraordinaria, el mandamiento nuevo de Jesús, la unidad, su testamento, la Eucaristía, su extraordinario don, y el sacerdocio que la hace posible?

Por tanto, detengámonos hoy con inmensa gratitud en estos extraordinarios misterios fundamentales para cada cristiano y en especial para nosotros.

Y mañana será Viernes Santo, que nos lleva también al corazón del cristianismo y de nuestra espiritualidad: Jesús muere, muere abandonado.

¿No les parece que en un mundo como el actual, atrapado por el consumismo y por otros males, sea éste el momento de afrontar, de alguna manera, un tema como el de la muerte que hoy nadie, o muy pocos están dispuestos a considerar?

Nosotros debemos hacerlo por coherencia con nuestro Ideal que enseña cómo afrontar todos los momentos de la vida y, por tanto, también el paso a la otra, a la vida eterna.

Y vamos a tratarlo permaneciendo en el ambiente de la oración, que es nuestro tema preferido durante las últimas semanas.

Existe una oración brevísima y estupenda.

El Espíritu la puso en los labios de la Esposa, la Iglesia, y va dirigida al Esposo, a Jesús.

Con ella concluye el Apocalipsis, el último de nuestros Libros Sagrados. Dice así: ¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

"¡Ven, Señor Jesús!".

Ésta podrá ser nuestra oración pensando, esperando, preparándonos para la muerte.

Sí, porque nosotros tenemos o debemos tener un concepto propio y exacto de la muerte: no es el fin sino el comienzo, el encuentro con Jesús. Es más, no es algo opcional, sino que está en el programa de todos; un día nos llegará a todos, es voluntad de Dios para todos.

Sí, es voluntad de Dios para mí, para nosotros, para cada uno.

¹ C.LUBICH, *Buscando las cosas de arriba*, Madrid 1993, p. 136-137.